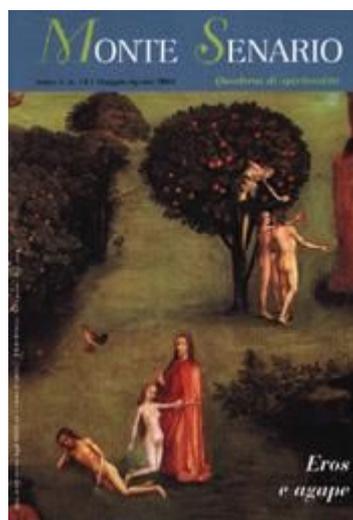


*Artículo de A. Maggi para la revista Montesenario (Año V, n. 14 Mayo Agosto 2001).*

*Traducción de Antonio Paneque.*

## POR AMOR DE DIOS

(El paso desde la religión hasta la fe)



### *Fe y religión*

Cuando en el lenguaje común se habla de *religión cristiana*, se pretende establecer una distinción entre el mensaje de Jesús, por una parte, y el contenido de las otras religiones, por otra. Se da por supuesto que se trata de realidades diferentes, y con frecuencia, además, se sobreentiende de algún modo la superioridad del cristianismo. Ahora bien, surge en seguida la cuestión: ¿es lícito hablar de la *buena noticia* de Jesús situándola al nivel de las demás religiones?

Por *religión* se entiende el conjunto de conductas, actitudes y aspiraciones con que el hombre se dirige hacia la divinidad a fin de obtener protección y un trato benevolente por parte de la misma. Y por *religioso* se entiende el hombre que se esfuerza en observar las enseñanzas del propio credo con objeto de alcanzar la comunión con la divinidad.

Tanto *religión* como *religioso* son términos que brillan por su ausencia en los evangelios, y las pocas veces que están presentes en el resto del Nuevo Testamento no se refieren a la enseñanza de Jesús, sino a la religión hebrea. En los evangelios no existe tampoco rastro de otros términos pertenecientes al ámbito de la religión, tales como *virtud, sacro, sacrificio, culto, veneración, devoción, piedad, liturgia, altar, obediencia* y ni siquiera se encuentra en ellos el término *sacerdote*, que en los evangelios indica siempre al clero judío.

La gran diferencia entre las religiones, comprendida también la hebrea, y el

mensaje de Jesús se encuentra en el modo que postulan de relacionarse con Dios y, en consecuencia, con los hombres. Mientras que en todas las religiones el hombre es llamado a servir a su Dios, con Jesús se inaugura una época nueva, es decir, la época en la cual es Dios quien se pone al servicio de los hombres.

Solamente Jesús, el "*Dios con nosotros*" (Mt 1,23) estaba capacitado y poseía la autoridad para enunciar con tonos nítidos tal cambio profundo de relación con el Señor; solo el "*hijo amado*" (Mt 3,17) podía desvelar y hacer conocer la realidad del Padre, porque "*A Dios nadie lo ha visto: el hijo único, que es Dios y está en el seno del Padre, es él quien lo ha revelado*" (Jn 1,18).

La declaración de Jesús que "*El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir y dar la propia vida en rescate por muchos*" (Mt 20,28), marca el paso desde la religión, concebida como servicio a la divinidad, hacia la fe, entendida como respuesta de los hombres al amor de Dios (Mt 8,5-10). A partir de ahora, la relación nueva con Dios inaugurada por Jesús no se fundamenta más en la obediencia a la Ley, sino en la similitud respecto al amor del Padre (Lc 6,35). La "*Santa alianza*" (Lc 1,72) estipulada por Moisés, el "*siervo de Dios*" (Ap 15,3), como un pacto entre los siervos y su Señor, había quedado obsoleta, inadecuada e insuficiente para manifestar la relación original entre el Padre y sus hijos anunciada por Jesús. Fue, consiguientemente, sustituida por la "*nueva alianza*" (Lc 22,20; 1 Cor 11,25).

Sin embargo, los términos habituales del vocabulario religioso del tiempo aparecían del todo inadecuados e incapaces de expresar el núcleo y la novedad de esta alianza nueva, por lo que los evangelistas, en su esfuerzo por divulgar la *buena noticia* de Jesús, buscaron nuevas expresiones con las cuales formular su credo, y encontraron en el verbo *agapaô* y en el sustantivo *agapê* los términos más adaptos.

En la lengua griega, de hecho, hasta cuatro términos eran empleados para transmitir los variopintos matices de *amar*. Con *storghê* (*stérgô*) se expresaba el sentimiento de amor que vinculaba recíprocamente a los componentes de la familia, o bien el amor que unía a los esposos. *Erôs*, considerado el dios más potente de todos por su capacidad de dominio sobre el resto, personalizaba la pasión y el deseo. Para el afecto fraterno se usaba *philia* (*phileô*) y, por último, con *agapê* (*agapaô*) se indicaba un amor de preferencia y de aprecio que debía ser demostrado con hechos. Para los autores del Nuevo Testamento, solo *agapê* y *agapaô* poseían la cualidad suficiente para expresar un amor capaz de dirigirse

incluso a quien no lo merece: "*Amad a vuestros enemigos*" (Mt 5,43).

Si en los evangelios y en el resto del Nuevo Testamento abunda el uso del verbo *agapaô*, más raro es, en cambio, el uso de *agapê*. Entre los evangelistas, Mateo y Lucas usan el término solo una vez, respectivamente (Mt 24,12; Lc 11,42). Con más frecuencia lo emplea Juan (Jn 5,42; 13,35; 15,9.10.13; 17,26). La traducción al castellano empobrece sensiblemente el amplio significado del griego *agapê*. De hecho, suele ser traducido por *amor* (o *caridad*), pero la palabra *amor* encierra en sí tanto el concepto de *eros* como el de *agapê*, vocablos éstos que no tienen nada en común entre ellos.

Tanto el verbo *agapaô* como el sustantivo *agapê* ocuparon un puesto de privilegio en los escritos de Pablo. El himno al *agape* de la Carta a los Corintios (1 Cor 13,1-13) supuso su máxima exaltación, así como la definición de que Dios es "*El Dios del amor*" (2 Cor 13,11). La comunidad cristiana, en su profundización gradual de experiencia en el Espíritu y de comprensión paulatina del mensaje de Jesús, experimenta que el amor procede de Dios y que Dios ama, llegando más tarde a afirmar que "*Dios es amor*" (1 Jn 4,8.16).

Amar no supone para Dios una más entre las distintas expresiones de su ser y actuar, como pueden ser gobernar, proteger, perdonar, sino que es ésta su misma realidad esencial. Por esto, en el Dios-Agape es incompatible cualquier expresión que no sea formulación explícita de este amor.

La definición de un Dios-Agape contrasta radicalmente con cualquier concepción religiosa de la divinidad y muestra el abismo existente entre la religión y la fe, entre el amor que requiere o exige algo de los hombres y el amor que se dona gratuitamente. Manifestación tangible del Dios-Agape es el "*Cristo crucificado: escándalo para los Judíos, necesidad para los gentiles*" (1 Cor 1,23). Solo el agape podía hacer coexistir sin contradicciones el Dios omnipotente con el Dios crucificado.

El mundo al que los autores del Nuevo Testamento proponían el tema específico y original del *agape*, estaba dominado por la cultura griega, en la cual reinaba sin discusión alguna el motivo religioso del *eros*. El anuncio del Dios-Amor que se encarna a fin de unirse estrechamente con el hombre se daba, así pues, de bruces con un mundo filosófico-religioso que consideraba el alma como una prisionera que anhelaba la liberación de la carne para re-unirse a su Dios.

El mensaje de Jesús fue ciertamente acogido, asimilado, pero también quedó contaminado por el encuentro con la filosofía helenista. Este hecho condicionó

fuertemente la comprensión del mismo, tanto que, a pesar de que los autores del Nuevo Testamento habían excluido de su vocabulario el motivo del *eros*, éste consiguió, sin embargo, abrirse paso y penetrar gradualmente en la espiritualidad cristiana, llegando a yuxtaponerse y a sustituir al genuino motivo del *agape*.

En realidad no existe ninguna compatibilidad entre *eros* y *agape*. Si bien el *eros* es adecuado para expresar el anhelo religioso de la unión del hombre con Dios, solo el *agape* puede expresar la unión de Dios con el hombre. En el *eros*, es el hombre quien tiene que ascender para fundirse con su dios. En el *agape*, es Dios quien desciende para comunicarse al hombre.

El *eros* puede expresar la necesidad del hombre de crearse un dios como proyección de sus propios temores y ambiciones; solo el *agape* es capaz de plasmar la "necesidad" de un Dios que crea al hombre como manifestación de su misma condición divina. Mientras que en el *eros* el hombre busca a Dios a fin de saciar la propia sed de divinidad, en el *agape* Dios busca al hombre para transmitirle la plenitud de su divinidad: "*a todos los que la recibieron, les dió poder de hacerse hijos de Dios*" (Jn 1,12).

La religión puede enunciarse con el *eros*, solo el *agape* puede expresar la fe. De hecho, mientras que el *eros* puede manifestar la comunión con un dios considerado el sumo bien deseable, únicamente el *agape* puede formular la comunión de Dios con el hombre.

El *eros* desea siempre obtener un beneficio. Incluso el amor hacia los otros tiene como objetivo último la recompensa por parte de Dios: el prójimo es amado *por* Dios, que se convierte en el fin último de toda aspiración. En el *agape*, se ama al prójimo *con* Dios y *como* Dios.

El *eros* es el impulso hacia lo sobrenatural y desemboca en el misticismo. El *agape* impide cualquier tipo de fuga hacia lo alto, permaneciendo con los pies en el suelo, enraizado en el servicio. Mientras que el primero aísla del mundo, el segundo se convierte en la sal del mismo (Mt 5,13). El *eros* empuja al hombre hacia la búsqueda de la propia perfección religiosa, una meta abstracta y lejana en proporción a la ambición del individuo. El *agape* sitúa al hombre en la línea del don de sí mismo, que es siempre concreto e inmediato, como hizo ver Jesús.

El hombre en la religión está llamado a sacrificarse por su dios, con Jesús es Dios quien se sacrifica por el hombre (Mt 20,28). Así pues, el hombre no debe privarse del pan para ofrecérselo a Dios, sino más bien acoger al Dios que se hace pan para él (Mt 26,26).

La diferencia entre *eros* y *agape* estriba en que, mientras el primero busca la propia felicidad, el segundo desea comunicarla.

### *¿Por Jesús o con Jesús?*

A pesar de estas grandes diferencias, la mezcla confusa y ambigua entre el contenido de *eros* y de *agape* produjo un espiritualismo híbrido, tal y como quedó reflejado en fórmulas y expresiones como "*por amor de Dios / por caridad cristiana*". El amor cristiano, el *agape* desinteresado, fue suplantado por la *caridad cristiana* en la cual se ocultaba amenazante el *eros*, el amor que procura obtener ventajas y beneficios, incluso espirituales, de todo cuanto hace.

Si en el *agape* el amor al prójimo era el fruto del amor de Dios hacia el hombre, en la *caridad cristiana* se convierte en un medio para acceder al amor de Dios. El prójimo no interesa por sí mismo, lo que importa es Dios, fin último de la acción caritativa, y el hermano no es amado por sí mismo, sino porque es un elemento indispensable para manifestar e incrementar la propia santidad.

La necesidad que tiene el *eros* de hallar una motivación al propio amor dio pie asimismo al surgimiento de una espiritualidad equívoca, una espiritualidad que postula amar al otro porque en él se reconoce el rostro de Cristo. De este modo, el amor deja de ser *agape* desinteresado y se transforma en la *caridad* que "*tiene ya su recompensa*" (Mt 6,2). Su actuar se degrada en algo ineficaz y estéril porque no hay nada más vil que ser amados *por amor de Jesús* y no existe perdón más humillante que el perdón recibido *por caridad cristiana*.

Identificándose con los marginados de la sociedad, Jesús no se presenta a sí mismo como un premio a recibir en la meta final, sino que muestra aquella pulsión de amor que permite al hombre amar generosamente tal y como se siente amado. El creyente no ama porque en el pobre está Jesús, sino porque él mismo, pobre, ha sido ya amado gratuitamente por el Señor: "*Nosotros amemos porque él nos amó primero*" (1 Jn 4,19). Jesús enseña a nutrir al hambriento porque está hambriento, a acoger al extranjero porque es extranjero, etc., y no porque en estas categorías de personas esté presente el Señor. El *agape* no consiste en amar al prójimo o en ocuparse del necesitado *porque* en ellos se vea a Dios, sino en el ver, *como* Dios, las necesidades de los otros e intentar aliviarlas.

La diferencia entre el motivo del *eros* y el motivo del *agape* es la misma diferencia que existe entre la religión y la fe. En la religión/*eros* se actúa *por* Jesús, en la fe/*agape* se actúa *con* Jesús. Mientras que la acción *por* Jesús está destinada al fracaso, como Pedro que se proponía dar su vida *por* Jesús y acabará negándolo,

actuar *con* Jesús, en cambio, conduce a un proceso de semejanza con el Señor cada vez mayor, como Tomás, el discípulo llamado el *gemelo* de Jesús porque estaba dispuesto a dar su vida *con* su Señor, el discípulo de cuyos labios sale la más alta profesión de fe de todo el evangelio: "*¡Señor mío y Dios mío!*" (Jn 20,28).